

Julio Piñones Lizama **

SOBRE CÓMO SE HA LEÍDO A GABRIELA MISTRAL

1. INTRODUCCIÓN.

Este trabajo examinará algunos aspectos críticos implicados en los procesos interpretativos de la producción mistraliana, según se han presentado en Chile. Sobre la base de los resultados provisorios alcanzados en este examen, se esbozará una aproximación que atienda a cómo se ha leído, a cómo se lee y a cómo pudiera leerse la literatura escrita por mujeres en Latinoamérica.

2. DESARROLLO.

En nuestro medio, probablemente las lecturas mistralianas sean las que revelen las más visibles polarizaciones de juicios valorativos, los cuales suelen situarse en extremos que van desde el elogio superlativo a la descalificación despectiva.

En especial, si se orienta el análisis hacia un sector de lectores ópor ejemplo, niños y jóvenes que cursan la Educación Básica y Media en Chileó es muy perceptible la desmotivación que muestran para leer

** Universidad de La Serena

con agrado esta obra, en clara contradicción con los esfuerzos que el sistema educativo ha desarrollado para hacer de estos jóvenes los destinatarios predilectos de esta producción. Es más: posiblemente este distanciamiento sea el resultado paradójal de la persistente presión ejercida en este sentido sobre ellos.

Aunque fuere por causas distintas, similar rechazo o indiferencia muestra el resto de la comunidad chilena hacia la producción mistraliana, prácticamente desconocida en nuestro ámbito, más allá de la reverencia formal hacia el "insigne" nombre de la poetisa. Puede suponerse que han contribuido también a estos resultados los modos cómo la tradición crítica nacional se ha proyectado sobre los textos mistralianos. Así, un primer camino posible para examinar este campo conflictivo inicial, podría ser el remitirse al simple expediente evaluativo de los aciertos o fracasos metodológicos teórico-literarios aplicados sobre este objeto de conocimiento. Desde este punto de vista, podría haber tales rasgos predominantes en las clases de crítica aplicadas a este objeto, que esas configuraciones pudieran ser las gravitantes en el cierre, parcial o casi total, del texto mistraliano, en relación a una comunidad que vive la recepción de los procesos literarios adoptando actitudes de sumisa expectación sobre lo dicho "ex-cátedra".

Sin embargo, el problema así examinado, no se reduciría más que a una mera discusión centrada en los márgenes de mecanismos críticos internos. Considerando la valía de lo contextual, en la actualidad se dispone del desarrollo experimentado por la crítica de género, vertiente que procede de cambios que se están desarrollando en la sociedad contemporánea. Así, lo que estaría omitiéndose en una pura revisión tradicionalista del problema sería el modo cómo la producción mistraliana ha sido leída por una comunidad crítica masculina, interpretándose, a la vez, por medio de una lectura masculinizada¹.

Considerar este hecho podría ser que implicara alguna apertura sobre este problema receptivo de la obra de GM; contribuyendo, también, a replantear probables relecturas desde puntos de vista que sitúen el tema enfocándolo en relación a otros referentes. En una etapa posterior, esta consideración permitiría el problematizar sobre los modos críticos empleados en Chile para leer literatura escrita por mujeres.

¹ Sobre los modos como suele leer un lector masculino, véase Jonathan Culler, "Leyendo como una mujer", en Sobre la deconstrucción, Madrid: Cátedra, 1984, pp. 43-61.

El sobreentendido consistente en que hombres y mujeres debían leer la literatura mistraliana como si su origen hubiera sido masculino, siempre funcionó como algo consagrado, como un supuesto ni siquiera percibido, tanto en las comunidades de estudiosos científico-humanistas, como en los círculos de aficionados anecdótico-biográficos. Para unos y otros, no había llegado el momento de plantearse la posibilidad de que el texto mistraliano pudiera ser leído desde la matriz de sus especificidades genéricas; y que, de este modo, el haberse entreabierto esta posibilidad, pudiera significar resultados receptivos sorprendentes.

Jonathan Culler, refiriéndose a la venta que hace de su esposa y de su hija, un hombre en una escena novelesca, instancia vista como atractiva por un lector masculino, ha hecho presente que la fantasía varonil opera sobre la lectura de una obra de un modo hasta peligrosamente adverso al de una lectura femenina². La lectura del texto citado revela algo que, como tantas otras cosas, a pesar de su extraordinaria evidencia, no había sido percibido hasta hace unas décadas por la teoría de la lectura tradicional. El compartir y el aplicar esta perspectiva crítica en las lecturas actuales de género, implicaría visualizar la cantidad de trabajo por hacer que se ofrece al momento de empezar a cuestionar los modos históricos por medio de los cuales se han asumido los procesos de lectura de obras escritas por mujeres.

Instalados en este nuevo escenario, las lecturas fenomenológicas del caso podrían poner a prueba la diversidad de los modos interpretativos puestos en acción, cuando hombres y mujeres descodificamos un mismo texto. En el caso de GM, cabría plantear, por ejemplo, cuánta expresión de pura sensibilidad masculina puede haber existido en las selecciones temáticas de la crítica histórica mistraliana. Así, también, quizás, cuántas visiones alimentadas por ilusiones o por tendencias sesgadas masculinas puede haber entre quienes se han interesado en destacar ciertos aspectos de la obra mistraliana, en desmedro de otros. O tal vez, coincidiendo en los mismos aspectos, leyéndolos bajo otras premisas, lo que correspondería hacer, por ejemplo, en términos de la Teoría de la Recepción; sin embargo, lo postulable desde la crítica del género sería: el que esta adopción de premisas ajenas se encuentra en relación directa con esa masculinización impositiva hecha en la lectura tradicional, es decir, esta ajenezidad implicaría violencia hacia una sensibilidad que tiene intereses distintos y/u opuestos a los de la sensibilidad masculina.

² Jonathan Culler, obra citada, p. 43.

Desde el punto de vista femenino, podría ser ilustrativo de lo examinado, el atender lo escrito por Maurianne Adams, en relación a las preferencias que ella establece al leer una obra: "Releyendo Jane Eyre (...) me siento inevitablemente conducida hacia supuestos feministas, por los que entiendo la situación social y económica de la mujer que depende de su matrimonio, las opciones limitadas a que tiene acceso Jane como cauce para su educación y energías, su necesidad de amar y de ser amada, de prestar servicio y de ser necesitada. Estas aspiraciones, la ambivalencia expresada por el narrador hacia ellas, y los conflictos entre ellas, son todos temas que plantea la novela por sí misma".³

Así, el conjunto de observaciones que pudiera derivarse de estos procesos de lectura, digamos "generizados", estaría incorporando a nuestras conversaciones, por una parte, la consideración del tema de la mujer que ha leído como hombre, con resultado de alienación, tanto la literatura escrita por varones, como la literatura escrita por mujeres. En esta relación, podría ser útil el atender cómo se puede dar este proceso de cambio, en el cual, la mujer está empezando a leer como tal, abandonando los parámetros procedentes de los códigos varoniles. Por otra parte, estaría presente en esta reflexión el observar el cambio eventual de los modos cómo los hombres, que hemos leído siempre como hombres la literatura escrita por mujeres, como si hubiera sido escrita por varones, estemos pasando a advertir la posibilidad de hacer estas lecturas atendiendo a los modos como leería una mujer, aproximándonos a un universo femenino enteramente desconocido, en lo cual no podría desestimarse, como lo señala Kolodny⁴, el que la lectura sea una actividad aprendida, codificada según sexo y género.

Norman Holland, por su parte, ha escrito sobre la importancia del tema de la identidad⁵ en los procesos de lectura. En relación a esta idea, podría ser interesante examinar cómo la comunidad crítica masculina, y las mujeres que responden a los códigos de esta última, han construido el eventual tema de la identidad mistraliana, reconocible en cada ser vivo y en cada obra artística. Siguiendo la línea de la exposición precedente, no sería nada de audaz suponer que esta configuración ha debido responder a las formas masculinizadas con que esta comunidad ha generado los temas de identidad, no sólo en GM; sino que, también, en los amplios registros de la literatura escrita por mujeres en Chile. Así,

³ Maurianne Adams, citada por J. Culler, *idem*, pp. 44-45.50.

⁴ Kolodny. "Reply to Commentaries", pág. 588, citado por J. Culler, *ob. cit.* p. 50.

⁵ Korman Holland. "Unidad Identidad Texto mismo", en Para leer al lector, Stgo.: Universitaria, pp. 207- 222.

puede ser posible que en las propuestas de aquellos temas de identidad, se haya desestimado determinados aspectos de la obra mistraliana, los cuales bien pueden estar esperando ser iluminados por medio de las eventuales lecturas que están siendo posibilitadas por estos nuevos enfoques, combinados, de la crítica de género, en especial, y, en general, de la Teoría de la Recepción, sin la cual mucho de lo que se plantea en esta exposición, no podría discutirse.

En este sentido, interesantes resultados ya ha habido en congresos tales como "Encuentro con Gabriela Mistral", del cual participáramos en La Morada santiaguina, en 1989, reunión señera citada por Nelly Richard en su trabajo "Mujer, Literatura y Cultura en el Chile de hoy", publicado en la revista "Literatura y Lingüística"⁶, encuentro que según la ensayista "nuevamente buscaba reflexionar sobre tradición y relecturas (esto es): se trataba de reenfocar una textualidad femenina (la de G. Mistral) vista desde los modos en que la recepción socioliteraria va legitimando ciertas interpretaciones y va desacreditando otras, según los patrones de lectura históricamente validados como dominantes por la institución cultural."⁷

Desde el punto de vista de lo propuesto por Adriana Valdés, el sentido del trabajo por realizar, correspondería a lo que ella llama una "lectura heterodoxa de textos canónicos de la literatura femenina"⁸, la cual pretendería también desmontar la trama de "sobrelectura" (..) en la que la tradición literaria envuelve las obras de mujeres, para contener y retener sus energías más transgresoras bajo el disfraz de una femineidad-tipo: una femineidad atada a una cierta ideología materna de la abnegación y del sacrificio, como la que santifica a "Gabriela maestra, Gabriela abandonada, Gabriela estéril, Gabriela sola, Gabriela dolorosa"⁹ en el culto literario a la poetisa nacional¹⁰.

Además, si los procesos de lectura de GM, según la propuesta de Holland, implicaran un simbolizarnos y un duplicarnos a nosotros mismos, sería muy evidente que en estas transformaciones de simbolizaciones y de duplicaciones, la proyección de códigos actuantes desde esta comunidad crítica masculinizada serían los hegemónicos: lo simbolizado y lo duplicado correspondería así a motivaciones varoniles;

6 Nelly Richard. En revista, "Literatura y Lingüística" N° 6, Santiago, 1993, pp. 13-23.

7 Nelly Richard, idem, p. 14.

8 Adriana Valdés, citada por Nelly Richard, en Lingüística y Literatura, p. 15.

9 Raquel Olea, citada por Nelly Richard, idem.

10 Nelly Richard, idem.

lo cual, por una parte, vendría a ser una simple inferencia de la teoría de Holland aplicada a la lectura de GM., y, por otra parte, en lo que interesa desde la perspectiva del género, sería la comprobación de las incongruencias interpretativas que una obra escrita por una mujer puede experimentar, cuando es sometida a un punto de vista masculino dominante que se impone sobre ella.

Por la significación nacional e internacional, que, de un modo u otro, alcanzara GM, además, hay otros problemas que es posible enunciar como vinculados a estos fenómenos de distorsión. En términos globales, en relación al relieve indicado y como consecuencia de haber sido una figura erigible en imagen de veneración nacional, la configuración del tema de identidad de GM. ha pasado, además, por otro nivel de reelaboración y de manipulación superiores. La GM literaria, proyectada al ámbito de la Educación nacional, ha recibido la carga de una urgencia programática estatal, necesitada de una imagen que respondiera al propósito subyacente de contar con un estereotipo propicio a los intereses de una pretendida unidad nacional, congregada en torno a su figura, situada más allá de las divisiones contingentes, en el limbo del paradigma apostólico de la sacrosanta maestra, de cuyo ejemplo debiera alimentarse el sufrido magisterio chileno. Desde el punto de vista de esta manipulación ideológica oficial, no es casual que se mitile la referencia a todo texto mistraliano en donde se declaren posiciones políticas de avanzada, por ejemplo, aquellos textos en los que se explicita su adhesión a la causa antiimperialista del nicaragüense César Sandino; o aquéllos que desmienten su oposición a Pablo Neruda, en contra de quien se ha pretendido levantar la presunta contrafigura católica y conservadora de GM, contando para ello con la acción de círculos críticos elitistas de cuyos rasgos GM abominara en vida, y, también, teniendo a disposición institutos y universidades funcionales a ese poder cultural hegemónico conservadorista que se ha impuesto en el campo de la educación superior.

Así, el cercenamiento de la plenitud mistraliana, operada desde el poder, tiene que ver con una escisión de su diversidad: la clase de femineidad aceptada por esta versión oficial, ha destacado los roles más pasivos y menos rupturistas del discurso mistraliano. Los aspectos vanguardistas de este discurso han quedado históricamente desatendidos por esta imposición crítica reductiva, funcional a un orden que le ha asignado determinados roles a la femineidad, como también a otras clases de estratos sociales dominados. Todos los aspectos del carácter inconformista mistraliano, que pudieran considerarse como conflictivos; también, han quedado fuera, por contradecir el modelo que ha interesado

oficialmente cultivar. ¿Puede extrañar a alguien, entonces, a estas alturas, que la repetición aburridora de los rasgos de este modelo cansen hasta el hastío máximo a los jóvenes estudiantes, y a todos a quienes se les obliga a sufrir este falso culto? ¿Puede extrañar a alguien que no haya interés alguno en volver a leer las seguidillas de poemas archirrepetidos en los programas del Ministerio de Educación y en algunas antologías carentes de sensibilidad que se siguen publicando?

Paralelamente a los resultados de esta gestión oficial, sin embargo, se ha desarrollado una crítica mistraliana disidente a este modelo. Autores como Jaime Quezada, Floridor Pérez y Jaime Concha, entre otros, en Chile, han estado llamando la atención hace décadas sobre esta versión sesgada de la plenitud mistraliana. Esta labor ha incluido la publicación de artículos y libros en donde se ha ido tratando de proyectar a “la verdadera Gabriela Mistral”, con todo lo discutible que resulte hablar de una “verdadera” GM como la única posible; pero allí ya está puesto el énfasis en contra de las flagrantes falsificaciones en boga. También, en estos intentos de recuperación, se ha hablado de la “Gabriela Mistral desconocida”; o de la “otra Gabriela Mistral”. Entre estos aportes, destaca el conjunto de escritos políticos de Gabriela Mistral, de reciente publicación (JQ); y, mucho antes, la señera obra de Matilde Ladrón de Guevara: “Gabriela Mistral, rebelde magnífica”. Este sector de la crítica, ha ido abriendo un campo de conocimiento nuevo, insospechado, maravilloso, en torno a una Gabriela Mistral que no es la difundida hasta el cansancio por el parasitismo oficial.

De este modo, el territorio más rico que puede seguir ofreciendo la lectura de GM podría ser aquella zona incontaminada que se abra a los procesos de simbolización de una comunidad que idealmente pudiera ir al reencuentro con esa voz misteriosa, percibida y respetada en su femineidad. Las enormes posibilidades de esos signos que aún viven, librados por gracia divina de la atención apologetica oficial, podrían seguir aguardando ser descubiertos por el lector felizmente desaprensivo hacia las visiones canónicas de lo que ha sido GM en esta clase de tradición. Podría haber disponibles en aquellos intersticios textuales, vocaciones de femineidad inadvertida, de pasiones cuidadosamente reprimidas por las lecturas habituales. Entonces, tal vez, podría verse aparecer esa sana e intensa sexualidad, inadvertida y reprimida por el corsé impuesto históricamente a la mujer.

En aquella dimensión, el nombre de GM se enlaza al de Juana de Ibarbouru y al de Alfonsina Storni, ambas, víctimas también, de sociedades latinoamericanas represoras. Las nuevas lecturas de GM que

habría que hacer, entonces, podrían mostrar así relaciones polifónicas con el discurso femenino latinoamericano. Habría todo un trabajo por realizar en torno a estas tres identidades discursivas que mantuvieron lazos reales de comunicación intelectual, en una sociedad donde el pensar y el crear eran considerados prácticas exclusivas y excluyentes de hombres.

El cómo las ideologías transversales del discurso masculino latinoamericano pudo haber influido en aquellas opresiones epocales, el cómo ellas fueron aventurándose más allá de los límites que les impusiera el sistema, el cómo ellas tuvieron vida, pasión y muerte entre las redes de un autoritarismo en pugna con sus poemas de libertad ineludible, pudieran ser algunos cauces de investigación, a la hora de asumir la aventura impredecible del situar estos nombres femeninos en la historia no oficial de América.

Abiertos estos caminos a la exploración, las nuevas experiencias de lectura podrían ofrecer una reproblematicación del discurso femenino latinoamericano, fundado en lo que subyace simbólicamente en este fondo referencial. Estas tres raíces de la producción intelectual femenina en Latinoamérica, bien podrían estar allí, dispuestas a ofrecer aquellas intuiciones veladas por el desinterés sobre sus signos, de modo, que la generación del discurso femenino actual, pueda reconocer en el redescubrimiento de esta continuidad, su auténtica y natural transparencia discursiva presente.

3. A MODO DE CONCLUSIONES.

Puede estimarse que las lecturas mistralianas tradicionales, en especial, las difundidas por medio de la educación sistemática, han destacado preferentemente en su recepción aspectos didáctico-morales sobrevalorados antes que aspectos propiamente estéticos manifestados en esta obra, es decir, no se ha estimado debidamente esta literatura en cuanto expresión de belleza, o sea, en cuanto efectiva transmisión de un fenómeno de naturaleza artística, con lo cual queda desprovista de su esencial dimensión poética.

Como se ha señalado, esta producción ha sido leída más que nada como la historia de una personalidad sufriende y menoscabada, constituyéndose para este efecto un rígido estereotipo que ha cerrado, en especial a los jóvenes lectores, la posibilidad de experimentarla en su vigoroso latinoamericanismo, visible por ejemplo en el libro *Tala*, o en la riqueza insospechada del descubrimiento de lo chileno manifestada en su libro *Poema de Chile*.

Esta reducción de la experiencia receptiva en la infancia y juventud chilenas ha sido favorecida por las estructuras educacionales vigentes. Así, se ha mantenido por muchos años en los programas emanados del Ministerio de Educación un conjunto de poemas sobre los cuales se ha insistido sin que se ampliara la atención hacia otros registros mistralianos de mayor rango estético. En concursos de declamación escolares, se ha visto a niñas de escasos años memorizar, recitar y dramatizar con ampulosidad gestual los trágicos y archirrepetidos “Sonetos de la muerte”, en lo cual ha habido un problema de criterio de docentes, pero también esa versión monocorde de la inicial GM impuesta por tantos años como la única transmisible. En todo caso, la reforma educacional en curso pudiera ser que traiga cambios en este terreno al hacer radicar en manos de la creatividad y del criterio de las unidades docentes los diseños programáticos y de lecturas que deben tender a estimular las experiencias personales de la literatura que tengan los estudiantes. Quizás de estos nuevos procesos de lectura, ojalá incontaminados, pueda renacer esa Gabriela Mistral que esperamos.